

MARTÍNEZ CÁZARES

◆ México tiene profundos pendientes de justicia. No debe contestar de igual forma al chovinismo francés.

Cassez: ceguera nacionalista

GERMÁN MARTÍNEZ CÁZARES

El presidente Sarkozy no se midió, por eso, la batalla contra Francia está servida. “Una vez que las antorchas de la guerra son encendidas, la multitud es quien gobierna”, decía Napoleón.

¿Lo que corresponde, entonces, es inflamar el nacionalismo, envolverse en la bandera? ¿Arremeter contra los “osados y extraños enemigos” de los que habla nuestro Himno Nacional?

En Francia parece que sí. Nicolas Sarkozy se transformó en Nicolas Chauvin. El famoso soldado de las guerras napoleónicas, fanático devoto del emperador Bonaparte, cuyos delirios de nacionalismo extremo dieron lugar a la palabra “chovinismo”.

El “affaire Cassez” desempolvó los discursos chovinistas. Las críticas galas a unos “dirigentes” mexicanos, para defender a una connacional ni son diplomáticas ni casuales ni eficaces para repatriar a la secuestradora francesa.

El desmedido nacionalismo francés, veloz en señalar con dedo de fuego al gobierno democrático de México; mientras, al mismo tiempo, quedaban

al descubierto sus connivencias con las satrapías de Túnez, Egipto, ¿Libia?, y quizá un largo etcétera; desnudó la mentira del compromiso francés con el respeto a los derechos humanos en el Magreb y en el mundo árabe.

Esos movimientos a favor de la libertad y la actitud pasiva de Francia

comprobaron que la enorme cultura, típicamente francesa, de aprecio y promoción de “los derechos del hombre y del ciudadano” sólo es retórica de ocasión o simple música de fondo a sus negocios.

En ese triste escenario, el gobierno francés criticó una decisión judicial mexicana, suponiendo que el presidente Calderón dicta las sentencias. ¿Ya olvidó Sarkozy al barón de Montesquieu? ¿Ya extravió Francia, para México, ese otro gran valor francés de la división de poderes?

El reclamo de Cassez parece sólo palabra chovinista para consumo de los franceses. Sarkozy no tiene la solidaridad europea en su aventura. El nacionalismo siempre es mal consejero para construir relaciones internacionales fructíferas.

Por eso, la barricada nacionalista francesa no puede contestarse desde otra trinchera nacionalista mexicana.

Florence Cassez es una secuestradora, por eso está en prisión. Ese éxito de la justicia mexicana no otorga una carta de buena conducta a todas nuestras instituciones de procuración e impartición de justicia.

México tiene profundos pendientes en materia de justicia. Eso es cierto, aunque lo reclame con tonos de príncipe y señor Nicolas Sarkozy.

Nuestras policías (¿la Policía Federal montó un espectáculo de televisión al atrapar a Cassez?) y nuestros jueces (el presidente Calderón los ha criticado abierta y públicamente) deben tener permanente vigilancia democrática.

Todos los reclamos, nacionales e internacionales, sobre los actos de justicia, de todas las sociedades democráticas, deben ser bienvenidos.

Nuestros procedimientos penales después de la reciente reforma constitucional han tenido una lentísima transformación; y su modernización cada día que pasa está más comprometida.

¿Terminarán implementándose los juicios orales? ¿Se necesitará otra reforma de la reforma penal? ¿Habrà prórroga? El tiempo apremia.

Después de la denuncia en la película *Presunto culpable*, México no debe contestar al chovinismo francés con chovinismo mexicano.

Si bien, el modo engreído del reclamo francés es inaceptable; hay un fondo inocultable. Aunque Francia no despersonalice el diferendo y nunca respete la acertada decisión jurídica a Cassez, nosotros debemos aceptar nuestro atraso, equívocos y corrupciones del sistema penal y penitenciario mexicano.

Que la rea Cassez esté en una celda no quiere decir que nuestras procuradurías y jueces son perfectos. ¿Y los raptos de Diego Fernández de Cevallos?

Sarkozy parece disfrutar sus espejismos y elevaciones. Dejémoslo. Las hazañas del fanático nacionalista francés Nicolas Chauvin acabaron –a principios del siglo XVIII–, en la pluma de los hermanos Cogniard, como las burlas y chistes, para entretener a los aficionados de los teatros de París.

